

EL ROSTRO ESPIRITUAL DE UN MAESTRO

En un acogedor rincón de su biblioteca, próximo a un ventanal del que recibe luz para leer y tibieza de sol, conversa don Pedro León Loyola con los amigos que lo visitan. Rayos luminosos que anticipan la claridad de su pensamiento y el calor humano que irradia de su persona. Afuera, plantas y árboles; dentro, libros y más libros. Por todas partes "hojas" se diría uno risueñamente. Porque vive rodeado de libros, ordenados en los anaqueles, asomándose tras la primera fila, esparcidos sobre muebles que perdieron el destino primitivo. Está como perdido en la espesura de esta floresta espiritual

Deja el libro o la revista que sostienen sus manos y saluda con sencillez y una afección muy propia de él. De mantenerse quieto en el sillón y de no resonar su voz firme y nítida, le demandaría trabajo encontrarle a un visitante primerizo. Rumas de libros se interponen sobre las mesas. Tras ellos aparece la figura de don Pedro. Da impresión de desgana y fragilidad, más acentuada aun cuando recibe en su dormitorio, retrepado en un sillón Morris, junto a una ventana también privilegiada por la luz. Basta, sin embargo, que la conversación toque un tema que haga vibrar la fibra humana, para que la voz cobre una segura entonación. Se yergue en el asiento, el porte menudo de su cuerpo crece, la laxitud se trueca en reciedumbre y en vehemencia la apatía. Despierta el fuego que simulaba extinguido.

Discurre como lo oímos en sus clases, casi cuatro decenios atrás. Las palabras fluyen inequívocas, serenas, ordenadas, precedidas de un lapso reflexivo infinitamente breve. El habla es casi simultáneo con el pensamiento, ambos van a la par. Jamás retrocede para corregirse, porque no incurre en precipitaciones. No vela ni retuerce las ideas, que emergen diáfanas, con rigurosa coherencia, con la autenticidad de un espíritu sin compromisos, sólo empeñado en ser siempre él mismo. En la acción moral, esta legitimidad es cumplimiento de los deberes éticos; en la órbita del pensamiento es independencia, libertad filosófica, objetividad.

Los años y un infortunado accidente no han doblegado su vigor intelectual. Muestra un espíritu alerta, vivo, atento. Es la convicción que se desprende de sus lecturas más recientes. Un visitante algo intruso,

dotado de buena vista, asiduo, habría advertido los siguientes libros en manos de don Pedro: *La vie de Jesús*, de Maurice Goguel, el eminente teólogo protestante de la Sorbona; *Les études d'histoire de la philosophie*, de Emile Boutroux; *La vie de M. Descartes*, escrita por Adrien Baillet, el amigo tan próximo al filósofo francés; el *Manuel des études grecques et latins*, de Laurant y Lauras, con el amplio panorama geográfico, histórico, institucional, literario, de gramática histórica que contienen sus densos volúmenes. Como siempre, más que leer los libros, los estudia concienzudamente. Los subraya y anota con paciente meticulosidad, ciñéndose al *tempo* lento a que obliga la obra filosófica. Cede a las detenciones reflexivas imprescindibles para seguir adecuadamente el curso de las ideas, las aprisiona para que nada escape. Si el método tiene que hacer con *odos, camino* en griego, adelanta en la vía de las páginas con el paso seguro de un lector que no prosigue si no ha comprendido lo anterior. La lectura es envolvente, pretende atraparlo todo. Libro leído por nuestro antiguo Profesor es obra trabajada, pensada meditativamente, referida a otras lecturas. Los rastros quedan en los libros que han caído bajo sus ojos expertos.

* * *

En 1964 se alejó definitivamente de la Universidad. Decir *Universidad* en el caso del Profesor Loyola es mencionar a la Universidad de Chile. No ha profesado en otra y a ella le dedicó su existencia entera. Terminó su desempeño académico al interrumpir un Curso Público sobre "Historia de la filosofía occidental", que prolongó durante tres largos años. Fueron ochenta y seis conferencias, justo una por cada año de los ochenta y seis que marcan su dimensión vital. Hubo, no obstante, otra Universidad muy especial en su dilatada carrera docente, la Universidad Popular Lastarria, que fundó en 1918 y se mantuvo activa hasta 1926. Particulares y profesionales, obreros y empleados, alternando codo a codo, conviviendo, acudían a los Cursos sistemáticos que eran impartidos en sus aulas. El plan de estudio contemplaba materias de física, astronomía, biología, historia de la civilización, literatura, ciencias sociales y filosofía. El propósito era elevar la dignidad espiritual del pueblo, la intención única "cultivar y ennoblecer el alma del pueblo"¹. Cada noche se dictaba una conferencia. Mientras el común

¹ Pedro León Loyola. *Hechos e ideas de un profesor*. Facultad de Filosofía y

Educación, 1966, pág. 41.

de la gente dormía, estos espíritus despiertos velaban estimulados por el mundo nuevo que se desplegaba ante sus ojos. En esos años, en 1918, deben haber sido observados con recelo. Se les podría aplicar lo que dice Nietzsche respecto de estos ajetreos nocturnos: "sus pasos les sueñan de una manera extraña en la calle, y cuando de noche, desde sus lechos, oyen andar a un hombre mucho antes de que salga el sol, se preguntarán seguramente: ¿a dónde irá ese ladrón?"². Pues la tarea era desusada. La llevaban a cabo hombres como Carlos Videla, Carlos Vicuña Fuente, Santiago Labarca, Julio Montebruno, Alfredo Lagarrigue, Manuel Guzmán Maturana, Laín Diez, Eugenio González, Roberto Meza Fuentes, Carlos Gutiérrez, Julio Bustos Navarrete, etc. ¿Cómo entender a estos ilustres profesores que se esforzaban por atraer al pueblo a la Universidad sin fines políticos? Constituían junto con don Pedro León Loyola un grupo de hombres de buena voluntad, anhelosos de ayudar mediante el saber que impartían.

Desde que se retiró de la Universidad de Chile, la vida de nuestro Profesor transcurre en un semiaislamiento, en medio de los libros, sus compañeros de siempre. A diferencia de las mónadas sin ventanas de Leibniz, es un mundo en que cada libro es una abertura que apunta a los espacios infinitos del pensamiento. La cubierta del libro no encierra, sino que conduce a través de pasadizos secretos hasta planos de otra manera ignotos. Por allí transita incesantemente; se desplaza mucho más lejos que los transeúntes del espacio físico. En el colmado mundo de su biblioteca está el patrimonio de la filosofía occidental. Descartes considera que "la lectura de todos los buenos libros es como una conversación..."³. Si leer es departir con los autores, don Pedro tiene a su alcance el recurso de platicar con los hombres cumbres de la Humanidad. Es visitadísimo por los espíritus más selectos. Con el inigualable beneficio de charlar con quien escoja, evitando a los inoportunos que no han sido convocados.

A esta soledad aparente, pero en realidad poblada, la Universidad de Chile no había tenido acceso desde que se alejó de la Corporación. No le llegaban los ecos de la institución universitaria en la que su voz resonó con reconocida autoridad. Cierto es que el hombre de ahora vive tan aferrado al presente que no dispone de tiempo para el recuerdo. El paso rapidísimo de las horas apenas permite dirigir la mirada, a lo más

² Así hablaba Zaratustra. Introducción, II.

³ *Discurso del método*. Primera parte.

próximo del futuro. Todo conspira para impedir volver los ojos a un pasado inmediato, todavía en trance de dejar de ser presente. La atención fija en el curso actual de los acontecimientos es desatención de lo que antes se hizo. Por conocer ya no reconocemos. Para que la Universidad se acercara a su reciente e ilustre Profesor, era necesario vencer un signo inexorable de la época. Parecía improbable que el reloj de la actualidad fuese puesto en la hora que marcó don Pedro León Loyola en el quehacer universitario.

No fue así. Lo imposible de imaginar ocurrió. La Universidad de Chile llegó intempestiva y justicieramente al hogar de su antiguo Profesor, mundo propio y personalísimo. Efectuó el giro prodigioso de revisar las personalidades con que estaba en deuda por los relevantes servicios que de ellos había recibido, o que debía distinguir por la obra entregada a la comunidad en materias afines a la tarea universitaria. Para darle a conocer la decisión de conferirle el grado de Doctor Honoris Causa, la Universidad no recurrió a la carta enviada por Correo, o a la misiva oficial llevada por un mensajero. Encomendó al Decano de la Facultad de Filosofía y Letras que personalmente pusiese en conocimiento de don Pedro la decisión de otorgarle el máximo honor universitario.

* * *

El rostro espiritual de don Pedro León Loyola es difícil de describir con fidelidad. Rasgos muy especiales animan la figura humana del Profesor, están en él, son fáciles de registrar, pero es arduo trazarlos. Cierta atmósfera tenue le circunda, de una levedad que resiste el análisis conceptual. La intuición la capta, mientras que la interpretación racional la disipa. Más que definir su personalidad, es necesario sugerirla.

El problema de dar cuenta cabal de ese núcleo evanescente se simplificaría, tal vez, al examinarlo encarnado en alguna realidad externa a su persona. Los griegos solían observar indirectamente ciertos fenómenos celestes; preferían verlos reflejados en un espejo. Por la impresión grabada se conoce el sello que la produjo. Así, el estudio del espíritu objetivado de una persona constituye un eficaz recurso para conocerla. Las improntas objetivas de la subjetividad no recogen reflejos fugaces del alma humana, pues en ellas se inscriben notas permanentes e indelebles. Autónomos, independizados del hombre que los fraguó, los ca-

racteres objetivos adquieren fijeza y estabilidad, sin perder vida. Testimonios auténticos, representan elementos de valor incomparable para el análisis.

En apariencia todo apunta a los escritos del Profesor Loyola, en tanto fuentes del espíritu objetivo revelador de su subjetividad espiritual. Pero el estudio de la obra es trabajo ya efectuado. Lo hizo Roberto Munizaga en 1953, cuando recibió como Miembro Académico a don Pedro León Loyola en representación de la anterior Facultad de Filosofía y Educación. Con gran información de las obras, incluso se refirió a los libros que quedaron escrito —una “Introducción a la Filosofía” y una “Filosofía de las Ciencias”—, pero sin publicarse. Una pulcritud intelectual excesiva, al parecer, se cruzó en el camino que los habría llevado a la imprenta. La obra escrita es parte de la obra humana de Loyola. Pretendemos escudriñar en otro ámbito también principal, es decir, en los contenidos que ha dejado su espíritu en las almas en las que ejerció el oficio filosófico.

Porque no existe mejor espejo para reflejar al hombre que el hombre mismo. En el acto de entrega del diploma que lo acredita como Doctor Honoris Causa, la figura de don Pedro espejeaba en los ojos de sus amigos. Un llamado silencioso resonó en la interioridad de muchas personas. No estaban allí representando convencionalmente a alguna institución. Una necesidad interna las impulsó a concurrir, prolongando así en el presente un contacto espiritual imborrable de tiempos pasados. Sólo los que han dejado de ser no estaban, como el zapatero Augusto Pinto o el doctor Raúl Palacios, un obrero y un valioso profesional universitario. ¿De dónde esa atracción? ¿Cuáles son estas fuerzas que se abren paso desde atrás en el tiempo? ¿Qué restó arraigado firmemente como proyección objetiva del espíritu de Loyola en esas personas? Sin duda, la respuesta se halla en estos espejos humanos, en los que hablan los ojos que son espejos del alma.

Entre otras influencias, nuestro Profesor recibió la del pensamiento de Jules Lagneau. El pensamiento y no las doctrinas, decimos, porque el maestro francés no elaboró un sistema filosófico. Tampoco dejó un complejo doctrinario constituido por estudios sucesivos de los problemas filosóficos, al modo de un Maine de Biran o un Kierkegaard. Lagneau pertenece a un tipo muy singular de pensadores que suele entregar Francia. Fue maestro de Emile Chartier (Alain), que como él ejerció la fuerte influencia que emanaba de sus espíritus penetrantes. El trabajo docente se enclaustró en las aulas del Liceo en ambos casos; no

tuvieron ni se empeñaron por la consagración que da la cátedra universitaria. Sin embargo, se impusieron en la vida espiritual de su época. Están incorporados a la historia de la filosofía francesa contemporánea. En los dos es manifiesto el toque mágico propio del poder de la comunicación, de ese don de establecer, muy adentro en el espíritu, un vínculo a través de la palabra hablada o escrita. Capacidad no sólo de hacer pensar, sino que a la vez de hacer sentir la verdad del pensamiento con una fuerza engendradora de actitudes vitales. Entre esta pléyade de profesores de gran ascendencia moral figura Amédée Ponceau, aunque éste pasó del Liceo a la Sorbona.

Pues bien, en la ceremonia realizada en la Universidad de Chile, los "espejos humanos" allí presentes relataron experiencias y emitieron juicios apreciativos, que recuerdan una notable *Conversación* de Ponceau con sus alumnos de filosofía. La "causerie" versó sobre "la virtud de la palabra y del silencio". Contiene la clave para explicar mucho de lo que el Profesor Loyola ha dejado en la espiritualidad chilena, así como también para comprender su personalidad. Permite entender las formas objetivas y perennes que ha proyectado en otras almas humanas.

Ponceau tiene presente a los seres "silenciosos que construyen en sus corazones enigmáticos altares a la palabra —los altares de la palabra desconocida... , aquellos que son los mejores amigos de la palabra. El silencio en ellos es palabra prometida, es también promesa de acción, de acción justa, de aquella que habla con sinceridad al espíritu de los hombres"⁴. Tras decir esto, el pensador pretende determinar la proporción justa, la razón áurea, entre la palabra y el silencio. Surge entonces la fórmula admirable en la sencillez, con el alcance de una norma que entrega a sus alumnos: "...no te escuches hablar; sé bondadoso con quien te oye; nunca hables para no ser comprendido, y, sobre todo, habla siempre a personas".

"Nunca hables para no ser comprendido". Rememoro las clases diáfanas del Profesor Loyola. Las ideas transparentes seguían un curso claro y riguroso. La exposición se ceñía a un orden impecable. Todo se organizaba según sentidos fácilmente asequibles a la comprensión. Los latinos denominaron *concepto* a la *idea* griega, derivándolo de "capere", coger. Pues bien, no era necesario el esfuerzo de la captura,

⁴ *Amedée Ponceau parle a ses étudiants.*
En *Amedée Ponceau. Etudes et témot-*

ghages. Desclée de Brouwer, Bruges.
Paris, 1966, pág. 28.

porque la intelección era fácil al entendimiento. Las ideas se entregaban, sin resistencia ni forcejeos. Nada de claroscuros, menos de penumbras. La documentación completa y cabal no enturbiaba la lucidez de la trama. La exposición fluía precisa, calma, con una continuidad desprovista de vacíos y de remolinos. Tranquila como un río de cauce apacible. Se le comprendía todo, porque a su vez él nada decía si antes no lo había entendido. Hablaba para ser comprendido.

Ni el más leve asomo de escucharse a sí mismo. No hablaba para que el eco le devolviera las palabras, sino para que éstas quedaran inscritas en la mente de los alumnos. En la reflexión auténtica, el rigor del pensamiento y la concentrada atención en el problema son despotas, que no dejan prosperar otro interés que el de la verdad. Esa segunda intención, la de producir vanidosos efectos, está reñida con su complejión espiritual. La humildad y la sencillez son sus virtudes. La vanidad y la soberbia propias del "auto-auditor" tienden una trampa, cometen un fraude. Vanidad y engaño van de la mano. La falsa moneda filosófica ha recibido siempre la severa reprobación de su espíritu genuino en la veracidad.

Modesto y verídico, su palabra es siempre comunicación benévola con el otro, habla siempre a alguien. Sabe escuchar a los demás, o sea, posee la medida exacta para apreciar la debida proporción entre la palabra y el silencio. Desea comprender y ser comprendido; sabe escuchar y es oído. siente la presencia del interlocutor. Establece una relación personal a la que se da enteramente. Instituye una conexión bondadosa, en la que lo bueno y la verdad se entretajan. "Habla siempre a personas" con bondadosa veracidad.

En los "espejos humanos" que acudieron convocados por la voz silenciosa de la amistad, reverberaban otras imágenes. Parecían no querer retirarse una vez terminada la ceremonia. La acción y el pensamiento en la vida de don Pedro fueron confrontados. De los almacenes de la memoria emergieron recuerdos y anécdotas. Las situaciones evocaban la consonancia entre la actividad y las convicciones íntimas del nuevo Doctor Honoris Causa. Difícil es obtener esta concordancia en la vida.

Desde luego, cada serie considerada aparte tiende a dislocarse. En el pensamiento existe la amenaza constante de la contradicción consigo mismo y con la realidad; en la acción se corre el riesgo de la inconsecuencia. La continuidad en ambas líneas demanda tensión y esfuerzo, de otra manera es inevitable la fragmentación. Si la marcha es erran-

te, las transgresiones se producen ineludiblemente. Cuando la contemplación reduce a un mínimo la acción, casi no se presenta la necesidad de cohesionar ambos derroteros en la unidad de una actitud vital. Tampoco ocurre cuando la actividad es espontánea, es decir, a lo más implica un esbozo incipiente de pensamiento. Pero cuando la reflexión filosófica se convierte en dedicación central y son innumerables las activas intervenciones, entonces los pensamientos deben fundamentarse entre sí, las acciones deben reforzarse unas a otras, y, finalmente, los dos aspectos habrán de complementarse en la unidad de la persona.

En el plano del pensamiento del Profesor Loyola están sus escritos, las conferencias, los cursos públicos y, en especial, una fructífera y dilatada transmisión del saber filosófico en la docencia universitaria. En el plano de la acción, se suman la Presidencia de la Federación de Estudiantes, la defensa de la Ley de Instrucción Primaria Obligatoria, la fundación de la Universidad Popular Lastarria, de un Centro de Estudios Filosóficos, la Presidencia de la Primera Convención Estudiantil Chilena, la actitud enaltecedora en los sucesos de la Federación de Estudiantes en 1920, la Rectoría de la Universidad de Chile, la creación del Curso Especial de Filosofía —hoy Departamento de Filosofía—, la fundación de la Sociedad Chilena de Filosofía, la segunda Presidencia de esta Corporación, la organización del Primer Congreso Interamericano de Filosofía, la actuación como Miembro de Número del Instituto de Chile, etc. Las repetidas intervenciones en acontecimientos de orden público de trascendencia nacional, completan la enumeración.

Durante más de medio siglo, las series complementarios del pensamiento filosófico y de la conducta se han fundido en la unidad espiritual del Profesor Loyola. Un indudable valor ético mantiene la congruencia de dos rutas que son un mismo camino. Fiel a sí mismo, en una posición espiritual respetable, no buscando nada para su persona, contento en la sencillez de su vida, don Pedro se impone como figura moral. Es una existencia llena de días provechosos, que no habría podido ser sin el acuerdo entre la vida íntima y la conducta vital. Con un lenguaje en que la evidencia resplandece, Goethe decía en una conversación a Eckermann: "La acción es fácil, penoso es el pensamiento, pero conformar la acción al pensamiento es lo más difícil del mundo". El Profesor Loyola ha vencido esa dificultad.

Afirma éste que no ha formado filósofos. "¿Cómo habría podido conseguirlo —se pregunta— si yo mismo no soy un filósofo? Pero creo ha-

ber contribuido a formar hombres capaces de pensar y de obrar bien"⁵. Cabe preguntar: ¿hasta dónde el Profesor Loyola no es un filósofo? "No he realizado obra filosófica —confiesa— en el sentido de crear una filosofía"⁶. Si se estudian sus escritos para extraer un cuerpo doctrinario original, es posible que tenga razón. Pero la magnitud de "las ideas doctrinarias originales" mide una sola de las dimensiones del filósofo, no todas.

Situémonos en la constelación de sus propias ideas. Sostiene que "la filosofía es la perseverante y esmerada búsqueda racional de la unidad"⁷. Como obviamente la filosofía la hacen los filósofos, éstos investigan "la unidad" mediante los recursos racionales del espíritu. El artista también pretende alcanzar la unidad, aunque no racionalmente, esto es, acude a otras fuentes creadoras del espíritu humano. Antes hemos visto de cómo el Profesor Loyola ha alcanzado esa unidad vital en la conformidad entre el pensamiento y la acción, tarea difícilísima según Goethe. Aquí se da una instancia no doctrinaria del filósofo. Aclaremos el punto.

El forjador de un sistema filosófico es filósofo más allá de toda duda, pero no todo filósofo necesita haber elaborado originalmente una ordenada creación especulativa. También se da la filosofía como estado de alma, como espiritualidad viviente. Emerge cuando la razón, animada por un sentimiento que se desprende de lo hondo del ser, concibe los momentos vitales dentro de la unidad de un destino. La existencia se transfigura entonces en conducta filosófica, que viene a doblar el pensamiento. Iluminada por la razón, los instantes se ordenan en horas que se ajustan a una secuencia filosófica. De un foco espiritual común brotan el pensamiento y la acción, en un monismo cuyo secreto reside en la unidad del origen. La filosofía es forma racionalizada de vida, es forma de la espiritualidad. Es filósofo la persona que la porta en su fuero íntimo y la manifiesta en la conducta exterior. Este estado de alma, la filosofía como "estado de alma", es característica del Profesor Loyola y hace de él un auténtico filósofo.

La filosofía como "estado de alma", fundamentada no en un principio, sino en el ser vital, aparece en el célebre retrato de Demonax, el filósofo griego en cuyo espíritu Epicteto dejó profunda huella. Al trazar la figura de este pensador del siglo II D.C., enmudece la mor-

⁵ y ⁶ *Ob. cit.*, págs. 51 y 52, respectivamente.

⁷ *Ib.*, pág. 53.

dacidad satírica de Luciano de Samosata. ¡Qué distancia entre la irreverente biografía de Alejandro y el tono respetuoso y admirado que emplea en la del filósofo! La peligrosa pluma de Luciano deja de ser arma de guerra y se desarma ante la grandeza humana de Demónax. Cambia la pluma de águila por pluma de paloma cuando escribe sobre este filósofo sencillo y sólido espiritualmente, que conoció muy bien la filosofía, la enseñó, pero no dejó un cuerpo original de doctrinas filosóficas. La espiritualidad del hombre biografiado eleva su estilo a un nivel literario superior. “Nadie lo llamó a la filosofía —dice el incisivo Luciano—; vino desde su infancia por su propio impulso y una afición innata. Desde entonces despreció todos los bienes humanos y se entregó por entero a una vida libre e independiente. Llevaba una existencia recta, sin defectos ni reproches. La conducta bondadosa y el amor a la verdad eran ejemplo para aquellos que lo conocían personalmente o de oídas... No empleaba la ironía socrática, pero sus discursos estaban plenos de gracia ática. Sus interlocutores no podían quejarse de falta de generosidad ni de dureza en las reconvenciones. Se le dejaba con el corazón alegre, más calmado y puro, pleno de confianza en el porvenir. En sus admoniciones atacaba la falta, mas perdonaba al pecador. Seguía el ejemplo de los médicos, que curan las enfermedades sin enojarse con el enfermo... Tal era su manera de filosofar, suave, amistosa y mesurada”.

Un aire semejante se respira en lo que don Pedro León Loyola ha dicho respecto del Profesor Loyola: “Mi vocación, desde niño, fue el estudio y, más tarde, la enseñanza, que no es sino el mismo estudio, pero con una mayor conciencia de responsabilidad y un anhelo más hondo de disciplina y reciedumbre intelectual. Hice bien en oír el llamado del destino. Así, mis actividades, por su propia naturaleza, hubieron de desarrollarse en el ambiente humano más reconfortante y, quizá, el más sano y elevado que exista: el de las aulas. Hoy, hecho casi todo mi camino, no puedo quejarme de la vida. Siempre fue generosa para mí. Sin que yo lo mereciera, me brindó a manos llenas lo mejor que ella puede dar: la amistad. Desde muy pequeño, hallé por doquier la simpatía y la bondad más puras. Tuve nobles compañeros y maestros no menos excelentes”⁸.

⁸ Pedro León Loyola. *Una oposición fundamental en el pensamiento moderno: causalidad y evolución*. Editorial

Jurídica de Chile, Santiago, 1954, pág. 34.

La similitud entre ambos textos es sugestiva. La semejanza no proviene de la forma, sino que reside en el contenido: el mismo tipo humano trasuntan sus líneas. Es el filósofo como "estado de alma", como complexión anímica viviente, como espiritualidad que se afianza en una común actitud vital. Así es don Pedro León Loyola. Tal es el rostro espiritual de un maestro.